

La Bioética en la marejada

“¿Qué dice la Iglesia? ¿Podemos tener un hijo con la fecundación artificial? ¿Qué piensa Ud. de la eutanasia?”. Son preguntas cada día más frecuentes. Las hacen los esposos y los médicos, el estudiante y el abogado, y el tendero del mercado. Piden a menudo la orientación del sacerdote; y éste se encuentra a veces tan perplejo como ellos. Urge una seria reflexión en torno a las cuestiones actuales de bioética.

Bajo ese nombre, de cuño reciente, se halla una variadísima gama de problemas que tocan directamente la vida humana. Problemas, muchos de ellos nuevos, causados por los singulares avances de la medicina, que ha colocado en las manos del hombre moderno posibilidades insospechadas hace poco, pero que le plantean situaciones que no sabe a veces cómo manejar. Como un objeto candente pero demasiado precioso para dejarlo caer.

De pronto nos hemos visto en la posibilidad de suplir las deficiencias generadoras de los esposos con la “inseminación artificial”. Años más tarde éramos ya capaces de prescindir incluso del útero materno para traer al mundo un nuevo ser: se requiere solamente una buena probeta en un laboratorio especializado; la “materia prima”, óvulos y esperma, es fácil de obtener, de los esposos, o de algún donante, o simplemente de algún “banco” anónimo. Naturalmente nada impide a la técnica, que el embrión fabricado en el laboratorio sea anidado en el seno de una mujer no casada.

La técnica sigue avanzando como una aspiradora sin freno. Se está apenas asimilando la noticia del último caso de “alquiler del útero” y llega ya la noticia del trasplante de tejidos embrionarios en el cerebro de adultos, para curar la enfermedad de Parkinson. Poco antes se supo de la nueva píldora anticonceptiva, abortiva; poco después se sabrá de la fecundación de una mona con esperma humano. Los descubrimientos se amontonan uno sobre el otro. Aborto, esterilización, fecundación in vitro, trasplantes, experimentación sobre embriones, eutanasia, manipulaciones genéticas... Una montaña de

situaciones nuevas, problemáticas desconocidas, cuestiones espinosas y delicadas, que tocan el corazón mismo de la vida del hombre.

A la complicación proveniente de esa acumulación de nuevas posibilidades técnicas, se suma otro factor importante: en cada una de ellas se entrecruzan elementos diversos que no pueden ser ignorados al hacer un juicio humano completo: derecho de autonomía de la ciencia, incidencia en la salud y la vida de personas humanas, ordenamientos jurídicos insuficientes, intereses económicos múltiples, la entrada en juego de los sentimientos y de la vida de las familias...

La conciencia moral del hombre se encuentra muchas veces desconcertada. ¿Será bueno todo lo que es posible? ¿Es honesto fabricar seres humanos en tubos de ensayo? Naturalmente, siempre es posible seguir la política del avestruz, o tomar las cosas a la ligera. Pero basta un mínimo sentido de responsabilidad ética, para darse cuenta de que los avances de la ciencia actual deben ser filtrados por un sano sentido crítico que discierna lo que es moralmente correcto y lo que no.

Hablamos de la "conciencia moral del hombre"; pero podríamos referirnos también a la "conciencia de la sociedad". Son cada vez más frecuentes los congresos, reuniones, discusiones parlamentarias, proyectos de ley, etc. originados por la preocupación ética, en torno a las nuevas posibilidades de manipulación del hombre por parte del hombre. El mundo de la medicina y la política, el jurídico y el intelectual, las comunidades religiosas... se esfuerzan por entender con seriedad las implicaciones humanas y éticas de esos avances, para encontrar el modo de no permitir que se vuelva contra el hombre lo que ha sido creado por él.

Los fundamentos sobre los que los diversos grupos o corrientes basan su reflexión son muy variados; a veces casi opuestos. Las conclusiones, necesariamente, otro tanto. Se complican, pues, las cosas. Pero el cristianismo no puede cerrar los ojos, simplemente. Menos aún el sacerdote. La gente pregunta inquieta; quiere y necesita una orientación. El sacerdote se ve interpelado en la confesión, en la dirección espiritual, en la clase de moral, en la entrevista periodística. Y con frecuencia se siente desbordado e impreparado; o, lo que es peor, desorientado. Necesita una guía clara y segura.

Dirige su atención, entonces, a los expertos. Afortunadamente no faltan filósofos y teólogos moralistas dedicados seria y competentemente al estudio de los problemas de bioética, casi

siempre en estrecha colaboración con buenos médicos, biólogos o psicólogos. Abundan publicaciones y congresos sobre el tema. En ellos puede encontrar copioso material para la propia reflexión.

Pero tampoco entre los mismos teólogos moralistas católicos, encuentra siempre claridad y unidad. A veces la falta de acuerdo se convierte incluso en polémica abierta. Los medios de comunicación se han regodeado, hace poco, difundiendo con generoso derroche de tinta el artículo publicado por el famoso moralista B. Häring en la revista italiana "*Il Regno*", en el que acusa a un colega suyo, Carlo Caffarra, de hacer una teología "intolerante y sorprendentemente simplificadora". En su escrito, Häring, además de tocar otros puntos, propone al Papa una amplia encuesta sobre la interpretación de la doctrina de la "*Humanae vitae*". Días después, otro caso sonoro: 13 teólogos alemanes escriben una carta (firmada por un total de 163 teólogos) en la que protestan, entre otras cosas, por la postura del Pontífice ante los anticonceptivos.

Las cuestiones de bioética son en sí complejas y difíciles. Los expertos no están siempre de acuerdo. Entonces, el pastor que siente el peso de su responsabilidad como guía de sus hermanos tiene la impresión de encontrarse perdido en alta mar, sin tierra a la vista.

Surge una pregunta urgente: Aquél que le ha encargado el cuidado de "sus ovejas" ¿dejará al sacerdote desprovisto de una luz segura, ante problemas tan vivos y a veces determinantes para la vida moral de los cristianos? Sin quitar nada de la intrínseca complejidad de las cuestiones de bioética, ¿No tendremos los cristianos un faro de luz que nos indique al menos hacia dónde hay que navegar? Naturalmente la respuesta a una pregunta en torno al Magisterio ha de venir de la fe. Es ella la que nos permite comprender que el faro ha de estar enclavado en la Roca sobre la que el Maestro quiso edificar su Iglesia.

Sabemos bien que el papel fundamental del Magisterio consiste en guiar a la Iglesia en el camino que lleva a la salvación, custodiando e interpretando la Revelación. Pero también está claro que las cuestiones morales, aún de moral natural, se esclarecen a la luz de una verdadera concepción del hombre. Una visión que llega hasta el fondo de su identidad al escuchar lo que su mismo Creador le ha revelado. El Magisterio, pues, depositario por querer divino de esa Revelación, ¿no tendrá nada que decir acerca del hombre, de su verdadera dignidad, y por tanto de las cuestiones que atañen a su con-

ciencia moral? No le vamos a pedir que se pronuncie sobre elementos científicos en cuanto tales, pero sí acerca de la dimensión ética, ínsita en todo lo que tiene que ver con la vida del ser humano. Es el sentido de las afirmaciones contundentes de Pablo VI en la *"Humanae vitae"*: *'Ningún fiel querrá negar que corresponda al Magisterio de la Iglesia el interpretar también la ley moral natural. Es, en efecto, incontrovertible que Jesucristo, al comunicar a Pedro y a los apóstoles su autoridad divina y al enviarlos a enseñar a todas las gentes sus mandamientos, los constituía en custodios y en intérpretes auténticos de toda ley moral, es decir, no sólo de la ley evangélica, si no también de la natural, expresión de la voluntad de Dios, cuyo cumplimiento fiel es igualmente necesario para salvarse'* (HV. 4). En su misma labor, el Magisterio se sirve de las conclusiones de la ciencia y de la reflexión natural. Pero la especificidad de su aportación deriva del mandato de Cristo de custodiar e interpretar la Revelación, también la Revelación sobre el hombre y su actuación.

La guía fundamental, pues, ha de ser el Magisterio auténtico. La atención a los teólogos moralistas, indispensable, debe completarse con la atención al Magisterio. Y la concordancia de los primeros con el segundo debe servir como criterio de sano juicio crítico. Esto no significa que la función del teólogo sea simplemente la de comentar la doctrina del Magisterio. El estudioso tiene el derecho y hasta el deber de investigar seria y libremente. Ese es su servicio eclesial. Lo recuerda Juan Pablo II en la *"Redemptor Hominis"* al reconocer y desear *"un cierto pluralismo de métodos"* (n. 19). Pero, como afirma él mismo a continuación, *"ese trabajo (el del teólogo) no debe alejarse de la fundamental unidad en la enseñanza de la fe y de la moral, que es su fin propio... Nadie, pues, puede hacer de la teología casi una simple colección de propios conceptos personales; sino que cada uno debe ser consciente de permanecer en estrecha comunión con la misión de enseñar la verdad, de que es responsable la Iglesia"* (ibidem). Por ello, el estudioso debe tener el cuidado y la honradez suficientes para distinguir claramente entre doctrina probada e hipótesis de trabajo. Lo señala claramente la *"Catechesi tradendae"*: *"Los teólogos y los exégetas tienen el deber de estar muy atentos para no hacer pasar como verdades ciertas lo que pertenece, al contrario, al ámbito de las cuestiones opinables o de la disputa entre expertos"* (n. 61)

Menos aún pueden servir de guía las opiniones que se oponen directamente a las directrices magisteriales, especialmente cuando se trata de puntos que ya no pertenecen a las materias *"disputatae"*. Sobre ello llama la atención el Papa: *"... también en la co-*

munidad cristiana se han oído y se oyen voces que ponen en duda la verdad misma de la enseñanza de la Iglesia. Tal enseñanza (en torno a la contracepción) ha sido expresada vigorosamente por el Vaticano II, la encíclica "Humanae Vitae", la exhortación apostólica "Familiaris Consortio" y la reciente Instrucción "Donum Vitae"... Cuanto ha enseñado la Iglesia sobre la contracepción no pertenece a materia libremente disputada entre teólogos. Enseñar lo contrario equivale a inducir al error a la conciencia moral de los esposos". (Discurso del 5 de junio de 1987).

La *"Lumen Gentium"* habla del *"obsequio religioso de la voluntad y del entendimiento"* que *"de modo particular ha de ser prestado al Magisterio auténtico del Romano Pontífice aun cuando no hable ex cathedra"* (n. 25). Para los obispos en comunión con él pide *"religioso respeto"* (ibidem). Algunos teólogos, recuerdan la necesidad del *"respeto al magisterio"* mientras se oponen a sus enseñanzas claras y continuas. Se tergiversan entonces las cosas: lo más que hay en esas posturas es un *respeto académico*, el respeto que toda escuela académica debe a otra rival (la *"escuela romana"*, como dicen algunos).

Innegablemente a veces no es fácil acatar las directrices del Magisterio, sobre todo cuando en su esfuerzo por defender la verdad sobre el hombre tiene que prohibir algunas prácticas médicas, uso de ciertos medios, etc. que parecerían las más simples y satisfactorias soluciones de algunos problemas. Tampoco las exigencias del evangelio de Cristo (que *"conocía lo que hay en el hombre"*) son cómodas. Como tampoco ha de ser fácil para el Papa y los obispos declarar verdades que van contra corriente. Pero no tienen derecho a manipular la Ley de Dios y engañar a los hombres.

Norman Podhoretz, escritor judío americano, comentó la actitud de la Santa Sede ante el *"Caso Curran"* con un artículo titulado: *"Una válida lección de Roma"* (Catholic eye, 26 de agosto de 1986). La lección consiste en la coherencia con que la Santa Sede defiende sus principios doctrinales, amparando con ello la moralidad en la sociedad. *"La más efectiva -dice- entre los que están llevando a cabo esa desagradable tarea es la Iglesia Católica Romana. Porque, a diferencia de los protestantes fundamentalistas, que no hablan por todos los protestantes, y los judíos ortodoxos, que representan sólo una pequeña minoría de sus correligionarios, la Iglesia Católica Romana permanece unida y fiel"*. Reconoce el autor que muchos católicos disienten en materia moral. Pero señala que, gracias a la firmeza del Magisterio, se puede saber al menos que *"des-*

de el punto de vista de la Iglesia tales católicos están en el error. Ellos son libres de hacerlo. Pero mientras permanezcan como católicos, no son libres de decidir que el error es verdad y el pecado es virtud".

¿Tendrán que venir "los de fuera" a recordarnos la importancia del Magisterio de la Iglesia?